

Dissidences

Hispanic Journal of Theory and Criticism

Volume 5 | Issue 10

Article 5

November 2014

La bestia insular. Lezama Lima y la Revolución

Alejandro Sanchez Lopera

University of Pittsburgh - Main Campus, als219@pitt.edu

Oscar Barragan Martínez

Universidad Pedagógica de Colombia, valeriocapricio@yahoo.com

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.bowdoin.edu/dissidences>



Part of the [Latin American Languages and Societies Commons](#), [Latin American Literature Commons](#), and the [Spanish Literature Commons](#)

Recommended Citation

Sanchez Lopera, Alejandro and Barragan Martínez, Oscar (2014) "La bestia insular. Lezama Lima y la Revolución," *Dissidences*: Vol. 5 : Iss. 10 , Article 5.

Available at: <https://digitalcommons.bowdoin.edu/dissidences/vol5/iss10/5>

This Article / Artículo is brought to you for free and open access by the Journals at Bowdoin Digital Commons. It has been accepted for inclusion in Dissidences by an authorized editor of Bowdoin Digital Commons. For more information, please contact mduoye@bowdoin.edu.

La bestia insular. Lezama Lima y la Revolución

Abstract / Resumen

Este artículo presenta un análisis inmanente de la perspectiva de Lezama Lima, a partir de dos tópicos: la soberanía y el sujeto. Postula que los textos de Lezama forman un archipiélago desprendido del continente, que tiende a la creación de mundos posibles y no a su simple descripción o juicio moralista. Asimismo, a partir de sus textos se presenta un re-valoración de la experiencia de la revolución. Para ello, utiliza la genealogía de la moral de Friedrich Nietzsche y la pragmática de Gilles Deleuze.

Keywords / Palabras clave

José Lezama Lima, soberanía, subjetividad, literatura cubana, crítica moral

La bestia insular. Lezama Lima y la Revolución

La ínsula distinta en el cosmos, o lo que es lo mismo,
la ínsula indistinta en el cosmos
(Lezama Lima *Recopilación de Textos* 1995: 73).

José Lezama Lima (1912-1976), el timonel de un viaje inmóvil, el suyo, nos invita hoy a una lectura abierta de su obra que atienda a las fuerzas y a los afectos, y no a las ideas o las palabras. Una interpretación de sus escritos capaz de instalarse en las fuerzas extra-textuales, atenta a los efectos imprevistos o silenciados que asaltan nuestros juicios sobre el pasado de Cuba y su revolución. Nuestro anacronismo que juzga la Revolución Cubana desde el cansancio del presente. Un análisis, en suma, inmanente, que no olvida cómo “...una palabra, una sentencia apenas entreoída nos ilumina y logra configurar una expresión. Casi siempre lo que apenas conocemos es lo que logra influenciarnos” (Lezama *Recopilación de Textos*, 31). Cuando triunfa la revolución contra Batista en 1959, Lezama Lima tenía un reconocimiento en la isla, sin tenerlo en el pueblo, aunque ya marcando una profunda influencia en el grupo de escritores que acompañaban con entusiasmo su hálito creador. Su influencia se hizo sentir fundando la revista *Orígenes*, que reunió a una pléyade de poetas en una nación convulsionada y en plena efervescencia, concitando el misterio de la peculiar aventura de la conjunción de una voz individual de segura imposta y alto tono con la coral invocante de la *terra incógnita* recipiendaria, como retorta de un nuevo intento social de la *poiesis*, “de la creación del mundo respirante de los hombres afanosos de transformar lo inorgánico en orgánico, lo más lejano en cercano y todo pletórico de un mundo que se agita y aspira a vivir” (21). Su influencia es su respuesta al testimonio desde su sentir que está condenado a ser un “peregrino inmóvil para siempre” que entona el grito de la revolución, como furia coral no obstante su soledad, con “un hurra victorioso ante la muerte” (21).

Algo digno de anotarse es que muchos de los poemas, y entre ellos los más significativos de Lezama Lima, ya habían sido publicados cuando "triunfa" la revolución, y el esfuerzo poético de Lezama cuenta entre sus oficios el erigir una imagen de la rebelión en la que su "triunfo" se coloca en directo enfrentamiento con los vericuetos de un laberinto. Colocamos entre comillas el verbo triunfar refiriéndonos a la revolución, puesto que podemos pensar, con autoridad emanada del poeta, que dicho triunfo es paradójico si se toma el significado del triunfo como normalmente se toma, es decir lo que suele instaurarse ante una oposición, y se entiende por triunfar el establecerse una revolución habiendo eliminado sus enemigos; entonces, creemos que una vez se haya dado esta situación, la revolución tendría un único enemigo, ella misma, y sería por sí misma que se opondría a sí llegando a su consumación suicida. Cuba, al callar y eliminar a sus enemigos internos, estaba congelando su historia y su pensamiento en el tiempo, se estaba consumando en el suicidio o índice de sí misma sin alteración o devenir (ver el caso de los homosexuales encerrados en las cárceles). Estaba dándole la espalda a las propias posibilidades que ella misma había abierto con la llave de lo imposible obrando en lo posible. Pero no queda más que aferrarse a las manifestaciones que vienen del corazón lúcido para pintar el mundo de muchos colores, u observar los tantos rostros del mundo, y hacer que los que no han visto sueñen con ese ramo de fuego en el océano, y así su experiencia sea tener experiencia plena de aquello de lo que desdeñaban tener experiencia, y de esto modo Cuba pudo sacudirse su pulsión suicida. Por un lado, aparentemente esto es así; una revolución fracasa cuando triunfa, sin lugar a dudas. Y esto es así porque no se tiene en cuenta la otra parte, ya real, que conlleva: una ruptura tal que hace que el pasado deje de existir. Lezama lo dice en su libro *Imagen y Posibilidad* de este modo:

El fracaso es, en realidad, otra prueba, la del laberinto, intentada por el toro o por toro inmediato. La prueba del laberinto tiene dos etapas, expresada con singular poderío por el ex libris de uno de los grandes prosistas del idioma. En la primera viñeta, el centauro se cruza los labios con el índice, apuntando silencio y el laberinto permanece dispuesto y temerario. Exorna la lámina una sentencia latina, *in spe*, en espera. En la otra viñeta el centauro grita y las curvas del laberinto están abolidas, otra sentencia latina, *dumque ad huc*,

ese hasta aquí, descifra y regala una chispa esclarecida. El 26 de julio significa para mí, como para muchísimos cubanos tentados por la posibilidad, la imagen y el laberinto, una disposición para llevar la imposibilidad a la asimilación histórica, para traer la imagen como un potencial frente a la irascibilidad del fuego, y un laberinto que vuelve a oír al nuevo Anfión y se derrumba. (22)

Por las relaciones que instaura, por el *memento vivere* que erige, una revolución es una especie de abertura o desgarramiento de la caverna establecida de las opiniones o rumores, o de los muros del laberinto, deshaciendo al campo de la posibilidad de sus taras y surcando el nuevo inicio de una primavera, o nuevo día, o chispa de fuego esclarecida: de una eclosión de la libertad gestionada por una rebelión permanente, del anhelo como tensión de la flecha que se supera a sí misma en su lanzarse para recuperarse en la distancia como intento reemprendido; y este anhelo hace la conciencia de la revolución como “flecha que tensa en su arco” partiendo “de la suposición de la infinita distancia que la separa siempre del blanco (lo que hace inútil el esfuerzo de arrojarla y doblemente sensual la tortura de retenerla)”, y es conciencia de liberarse, ínsita a toda rebelión, sin que no abandone el pedir pruebas, cada vez, de la distancia recorrida o por recorrer, hasta el cansancio del final del día en el que el descanso no anula el regreso del rumor escondiéndose de un nuevo día anunciante de la tarea por reemprender: “Llegaría otra prueba y otra prueba, pero seguirían reclamando pruebas y otras pruebas. ¿Qué hay que probar cuando llega la noche y el sueño con su rocío y el rumor que vuelve y abate, o un rumor escondido en las grutas, después en la mañana?” (Lezama *El reino*, 13). Lezama adopta a Ícaro como prototipo del héroe rebelde y en el inicio de la revolución cubana, positiviza el absurdo al ponerlo en un divertimento que lo transfigura como posible intrépido en el que se una anticipación de lo hipertélico como acto que se continúa más allá de su finalidad, pero esta vez en el sentido: “Lo posible puede llegar temerariamente, dando el salto supremo, hasta el absurdo: pero no el absurdo existencialista de la ausencia de sentido, sino todo lo contrario, el absurdo como sobreabundancia de sentido. El absurdo como esplendor y exceso...” (Citado por Vitier 88). De Lezama señala Cintio Vitier este apuntamiento que anuda experiencia y absurdo cuando comenta

el pensamiento lezamiano acerca del acto de “huir” de Pascal en tanto que caminar y adelantar, como una imagen perdurable de la experiencia (116-117).

Pensamos que, por una parte, la poesía en Lezama es un preparar, un tensar el arco para lanzar la flecha que marca en sus trazas un hálito, un ambiente, una atmósfera propia en la que la poesía actúa en la historia del modo recipiendario con el que el poeta conserva el germen, nada menos que la semilla del *potens*, de la infinita posibilidad apuntada por el flechazo hacia la tierra desconocida. Lezama dice que “la grandeza del hombre es el flechazo, no el blanco” (*Recopilación de Textos* 12). Por otra parte, creemos que la revolución es dicha por Lezama en tanto que obra, *poiésis*, realización que guarda en su rescoldo la vesícula placentaria que no se agota en su *fiat*, incluso en su gravedad creadora y misteriosa con la que suelta incandescentemente su chispa entrañable cuya intrincación fue forjando en su oscuridad amniótica. Sobre ello dirá que las obras tienen un tiempo que él llamaría puntiforme, “un punto que vuela en búsqueda como de un incaico dios invisible, un tiempo que está fuera del tiempo pero que es la gravedad del tiempo y su levitación” y concluye enfática, saturniana y *mayéuticamente*: “No se podrá precisar jamás el tiempo que se tragó la redacción de una obra. Es como un *hágase* que corriese por un hilo incandescente” (21). Es por la obra que la vida quiebra o hiende el cerco del caos de lo cercano para vislumbrar, en los anillos rotos de lo cotidiano inaprehensible, el eros de la lejanía o infinitud del conocimiento, en un recorrido pendular entre la pesadumbre del círculo y la alegría de la espiral que entrelaza un sucesión bostezada con un silencioso desgarramiento, anticipando oracularmente la aventura total del hombre. El extremo movimiento, confusión, algazara, no puede hacer perder la obra como diseño: espirales y semicírculos, advierte Lezama.

Vibración revolucionaria

El problema para la revolución cubana como obra, y para toda revolución, es cómo persistir, cómo prolongar el anhelo sin quebrar las fuerzas de aquellos que la han emprendido, y sin que se estanque mortíferamente en una satisfacción con la que se denota el reparto de poder en la situación a que ha dado lugar. La revolución cubana llevó y sigue, de alguna manera, llevando el anhelo, haciéndole crecer en cada enarcar sus fuerzas hacia otro derrotero (Nietzsche piensa la revolución anticipando la metáfora lezamiana del arquero, pero en la figura del filósofo que recoge una flecha arrojada por otro, sin meta o descanso posible).

¿Y cómo persistió el anhelo en Cuba? Con poesía, con música, con música y con poesía. Es como si el materialismo más puro (el de una revolución socialista) se tuviese que aliar con un idealismo del pensamiento y de la sensibilidad, y para ello el materialismo se sustentará en lo que es de alguna manera la pobreza (pues la música y la poesía no dejan como producto algo tangible que sacie alguna necesidad material u orgánica) que permite estar prestos al hechizo de un incondicionado. Es el intento, o anhelo, como le hemos llamado. Es la pasión revolucionaria que atenta contra lo establecido en pro de un tensado más en el arco sin apuntar a una meta definida. Es la pasión propia de toda revolución. Jean Paul Sartre decía que el hombre es una pasión inútil; habría que pensar qué pasión es útil; y si se trata de la revolución, no podemos estar ajenos al hecho que levanta pasiones de todos los calibres y de la más variopinta gama. Quizá la pasión, y este carácter de inutilidad indesprendible de la misma, tienen que ver con que ella es un movimiento infinitesimal al estilo de la carrera de Aquiles y la Tortuga en la aporía de Zenón de Elea. Para Zenón, había una carrera entre dos competidores: Aquiles, el hombre más veloz, y la tortuga, el animal más lento. Pues bien, confiadamente, Aquiles le daba una ventaja de 10 metros a la tortuga, e iniciándose la carrera, Aquiles recorre muy rápidamente dichos 10 metros, pero mientras lo hace, la tortuga ha recorrido la décima parte de diez metros; así que Aquiles, tendrá que recorrer velozmente la décima parte de los diez metros que la tortuga acaba de recorrer,

mientras que la tortuga recorre una centésima parte... La pasión es una carrera de algo, es un anhelo de algo que siempre estamos a punto de obtener y que siempre se desplaza, pero de lo que estamos cerca cada vez más en una serie cuya razón hipertélica se cifra en una cantidad hechizada.

La pasión quiere decir que el hombre es un intento denodadamente renovado. Lezama rasguñaba poemas, es decir no escribía su poesía, sino que la intentaba como tensando un arco (anhelo). Es a partir de un anhelo que se imprime una fuerza en función de lo que todavía no está. En este sentido hablaba Nietzsche de una nube no histórica a partir de lo cual se fraguaba lo nuevo, y Lezama de que “la poesía, actuando en la historia ni siquiera necesita nombrar su ejecutor, un poeta. El poema es un cuerpo resistente frente al tiempo y el poeta es el guardián de la semilla, de la posibilidad, del *potens* (...) es el hombre que cuida un germen, nada menos que la semilla del *potens*, de la infinita posibilidad” (17). La infinita posibilidad, dice Lezama, es el resultado del actuar lo imposible sobre lo posible. La infinita posibilidad es aquel giro en el que cada vez que creemos estar a punto de alcanzar a la tortuga, ésta ya está cada vez infinitamente más cerca del próximo paso que daremos infructuosamente para alcanzarla. Es así que podemos afirmar que la infinita posibilidad puede ser causa del empeño siempre reemprendido. En Lezama se la comprende partida en dos en su obra, una vez en el principio de la revolución, a principios de los años 60, y luego cuando en los años 70 guarda silencio acerca de Cuba. Sin embargo en las dos ocasiones Lezama enfoca la posibilidad infinita desde su catolicismo acendrado del que recoge signos en eras imaginarias como la egipcia faraónica, la china imperial o la roma etrusca. Para nuestro cometido, la infinita posibilidad está dentro de las dos caras del deseo, en tanto que necesidad, lo propio de la materia según Bergson, o en tanto que querer que justifica la acción, lo propio de un ver colectivo según Camus; en tanto que extensión que se consume y consume todo esfuerzo, que está bajo el signo de Saturno, o en tanto que intensidad que aboga por el obrar en el que el sistema poético lanza su neuma como plomada en el mundo,

y que es el soplo del aire hendido por la flecha de Eros; en tanto que juicio de la historia o en tanto que nube no histórica, en tanto que juicio o en tanto que experiencia. Es preciso ver y vivir la revolución como un acontecer rodeado de una nube no histórica, si no viene la vejez que tiende a ver todo en retrospectiva, a tragarse todo acontecer, con el humor de Saturno: melancolía, producto del cansancio del esfuerzo, como ave de minerva que se remonta al filo del ocaso, juzgando las fuerzas del día.

Aquel problema de la persistencia de las revoluciones: el vivir y renacer desde intentos, tensiones, anhelos y rasguños, el atravesar portales que prometen la huida pascaliana de cavernas o laberintos, hace que para algunos, la perseverancia parezca una utopía completamente quebrantable. Para Lezama, según Vitier, los emblemas oníricos del destierro y la nostalgia pasan por un gran puente que el poeta está atravesando, y este puente largo e invisible representa a las claras una persistencia impar y prolongada (ver Vitier 122). Lezama, un ferviente escultor de la identidad noble de una pasión por lo imposible, que ya de por sí es revolucionaria, fue mensajero anhelos y esperanzas para aquellos subyugados por las cadenas y las garras de la tiranía, y para aquellos dispuestos a desfallecer en el camino aún después del emprendimiento de la marcha. Podríamos afirmar que sus esculturas compendian gestos mitológicos y católicos ante un peligro rezumante de llamas y caídas, suspensiones y descensos, encerramientos y ascensos: “Y que el Icárico intento de lo imposible es la única seguridad que se puede alcanzar, donde tú tienes que estar ahora, ángel de la jiribilla” (Lezama *La cantidad*, 326). Absurdo, para algunos, es que Ícaro no se incendie. Mas quizás lo absurdo era quedarse encerrado en el laberinto, anclado en tierra firme sin alzar vuelo. O salvarse tras obedecer nuevamente la ley de su padre, Dédalo, sus “consejos” para no quemarse. Quizá Ícaro, para volar, deba saltar, pero el salto “no implica un peligro extremo, como quería Kierkegaard. El peligro está, por el contrario, en el instante sutil que precede al salto” (Camus 60). Quizá el instante culminante es de metamorfosis: ¿Sería lícito pensar a un Dédalo volando sin alas, como el vuelo clausurante de la irrupción de Lezama en la

poesía: “Narciso en Pleamar fugó sin alas” (“Muerte” 13) indicando su futuridad desconocida en la que la posibilidad encarnará en imagen? Que lo imposible deje de serlo, que lo imposible siga actuando sobre lo posible en la infinitud, requiere que seamos “como esos arquitectos que sitúan muchos cristales en sus edificaciones, para causar la impresión de que el espacio no ha sido interrumpido, como una fortaleza volante e invisible, donde el Ícaro, favorecido por la refracción, pudiese mantener su costillar sin derretirse” (Lezama *Paradiso*, 381). Cambiar la dirección y la velocidad de las fuerzas, refractarse, ser refractario a los vientos que nos llevan a salvo. Y a medida que se acrece la tensión; en que, abandonando las certezas de una abundancia material e interponiendo un nuevo cristal, se abre un nuevo desvío a la luz que ofrece el destino último de la muerte a cambio de un don de estar en lo desconocido: “sentirse más pobre es penetrar en lo desconocido, donde la certeza consejera se extinguió, donde el hallazgo de una luz o de una vacilante intuición se paga con la muerte y la desolación primera” (Lezama *Antología*, 440).

El uso de la poesía y la música para hacer perdurar la pasión que hace el gobierno castrista de la Cuba de Lezama, expone el uso paradójico e inexorable de una herramienta de la publicidad consumista: la recordación. Claro está, un consumismo ligado a la revolución. Sin quererlo, la revolución ha tenido que utilizar artificios de su enemigo, el mercado, para aquella prolongación del anhelo. Este enemigo se condensa en la publicidad, en la recordación hipnótica de un mensaje. Para una mejor comprensión de esto, se debe evocar el pensamiento de Camilo Torres Restrepo, quién develó un hecho ineludible, que está ligado a ese esfuerzo perpetuo de las revoluciones: existe el pensamiento revolucionario de esencia y el de oportunidad. El pensamiento revolucionario de esencia se refiere a aquel que con el pasar del tiempo y de las dificultades, mantiene su firmeza, como el tronco robusto de un árbol. Un pensamiento automotivado, libre del apego material, no se vende ni se conforma con satisfacciones efímeras. El pensamiento revolucionario de oportunidad puede considerarse aquel que posee toda persona

que se encuentra inconforme, pero que necesita de una continua motivación porque al avistamiento de una mejor situación para su beneficio personal puede decidirle por la revuelta temporal para, a la postre, cuando la revolución se haya establecido, parasitar de lo que obtuvo y dormir en el conformismo. Lamentablemente, la gran mayoría de individuos que dicen ser revolucionarios poseen este segundo tipo de pensamiento.

La recordación se usa como estrategia de mercado o espectáculo teatral, y como estrategia para la subsistencia de las revoluciones; es una recordación para el “consumo” o la clarividencia de las ideas de la revolución. La labor de un poeta como Lezama, se sumerge dolorosamente en las profundidades de una eterna y desesperada lucha de los dones inmateriales, de lo inorgánico, de las atracciones sin fin en las volutas de los anillos rotos de la libertad hasta comprender lo inasible de lo cósmico. “Las atracciones entre los seres y las cosas jamás se producen entre poro y poro, sino entre los poros y las estrellas” en la aventura total del hombre” (Lezama *Recopilación de Textos*, 25). Para Lezama, la musiquilla condensada en poesía, musiquilla aquella que se reintegra, que se reitera como la gota de la eternidad, es la recordación de que “Lo que tenemos que intentar es eso, lo imposible. Y el sistema poético del mundo, que a muchos les parecería una locura, una flecha en el aire, continúa estableciendo sus coordenadas...” (25), en un recorrido pendular entre la pesadumbre del círculo, con sus certezas definitivas en sucesión de bostezo, que es lo propio del caos configurado por la cercanía, y la alegría de la espiral, trasuntada en un eros de la lejanía, que nos hace presentir que la vida es un silencioso desgarramiento, un continuo romper con lo establecido, es decir la aventura total del hombre cifrada en la libertad siempre quebrada y siempre por retomar. La relación de Lezama con la revolución es, al principio del estallido, de aclamación y admiración, medida por su poiesis en relación con su catolicismo. Luego, guardará el silencio que le hace enunciar el eros de la lejanía, sin que la publicidad revolucionaria, hecha de poesía, no haga surtir en su presencia de imagen posible una reverberación inédita y silente. Es en el reverso de su silencio sobre lo que sucede en

Cuba, y en el mismo instante en que se propala poesía y música como armas de publicidad del gobierno de la isla, que encontramos en Lezama la evocación de lo lontano, aunque ya en su pensamiento primigenio de una sensibilidad insular se aventaba la lejanía como *télos*, para luego, en pleno laberinto, ser el acto *hipertélico* en un eros de la lejanía. Es este Lezama el que nos importa y no el controversial en gran parte creado por vicisitudes históricas.

Lezama rasguñaba poemas y ensayos tan provocadores y dialogantes con eras imaginarias más allá del alcance de la dimensión geográfica de su isla. Como si con cada poema la isla, como sentido curvo de su visión, soñara su irrupción en el océano o légamo primordial, desde su cuna destinada a romper con la tradición y al mismo tiempo con obligación de incluirla como parte del fósforo autógeno de un estallido que se detonara en las aguas oceánicas por medio de ondas soterradas e irrumpiendo que llevaran su corte a toda la historia contenida en una nube no histórica. La isla, es cierto, se sueña su origen, su gemiparidad o escisiparidad placentaria y eclosionante, volcánica o en ruptura: la isla naciendo en medio del océano como erupción matricial o la isla naciendo de su desprenderse del continente. Ahora bien, tanto la ruptura continental como la erupción oceánica, a pesar de ser antitéticas, son inseparables. En este soñar la isla su origen se ve privilegiadamente en una de sus caras, rodeada de mar y con respiración de alga inseparable de la otra, la separación del continente con la que nace la isla, en el que el corte, o desprendimiento, se hiciera como movimiento eruptivo que inaugura su deriva lejos de la dependencia de cualquier sistema, excepción hecha del sistema poético del mundo o de la sistematización del absurdo, pero sin poder afirmarse no más que en la pobreza voluntaria, la pobreza del deseo en cuanto el deseo ya no desea su satisfacción como autoabastecimiento sin intermediario, sino que entra en un proceso eruptivo que lo empuja en cortes sucesivos y dependientes entre sí, más allá de cualquier satisfacción, dentro ya de la inmanencia y por fuera de todo objeto que al dotarlo de un fin, le haría desear su muerte. En este sentido, el deseo obedece a una incondicionado que lo desalienta, que lo saca fuera de cualquier ámbito reificante

para procesualizarlo y mantenerlo vivo en tanto que se desea como deseo, así como la isla se sueña emergiendo como una ola en mar abierto al mismo tiempo que se sueña rompiendo con la continentalidad abarcante, supeditante y aglutinante en la que cada porción territorial se engloba en el mismo fin que todas las otras con las que conforma una unidad. Si no fuese así, el deseo se objetivaría en un fin, en una satisfacción que lo aniquilaría. Es posible que esto último sea el deseo preñado de necesidad que lo impulsa hacia un futuro que tendríamos que esperar, o que contribuiríamos a realizar a toda costa con el sentimiento de que debe ser así. El deseo de la revolución es primero que el deber de los revolucionarios, pues toda revolución se hace porque se quiere y no porque se deba.

Este sueño del deseo realizando lo real colectivo lo enuncia Lezama en su visión matricial de Colón, para así advertir del peligro de la nostalgia de un mundo mejor que se realizaría en América, no obstante estar unidos con la misma mirada alucinada: “No caigamos en lo del paraíso recobrado, que venimos de una resistencia, que los hombres que venían apretujados en un barco que caminaba dentro de una resistencia, pudieron ver un ramo de fuego que caía en el mar porque sentían la historia de muchos en una sola visión” (Vitiér *Introducción* 122). ¿Es difícil entender que la resistencia de la que aquí habla el poeta es nada menos que una isla, engastada en la imagen de un barco? Pues no es difícil, entonces, colegir cómo los que se separaron del continente, los descubridores, ya en mar abierta estaban tan anegados del sentimiento sin principio ni fin del océano hasta el punto de pensar que la isla a la que arribaron, como fin de su penar derivante, era un gran continente. Esta resistencia es la análoga de la resistencia, es decir la lucha sin fin, a la que se enfrenta el cuerpo en su resurrección católica-lezamiana, y que según Fina García Marruz, no es el apetito de la transparencia al fin colmado sino el paréntesis entre dos muertes o el paso del cuerpo, volatinero del alma, por los espacios sin marcar del océano de la eternidad.

Es a partir de un incondicionado, con el que la isla sueña su origen de ruptura continental y erupción volcánica, que Lezama verá una antítesis entre causalidad y metamorfosis, sacando al mundo griego, muy a boca de jarro con las islas del Egeo, del sopor de los textos de filosofía que a buena cuenta de la continentalidad sembraron en las espejeantes llanuras de Europa sus raíces esporádicas como plano en que un concepto de revolución (sea ésta la democrática) o sueño de la misma, se veía aplazado por no concretarse sino en la traición, en el fracaso que conlleva toda revolución como reverso de la red de relación cósmica que se despliega como relámpago abierto en espera del contenido tierno o dulce. “No es el inquirir filosófico, es la sospecha que se abre como un relámpago, interior de jarra que, como lo de Martí en la crónica China, sólo puede llenarse con vino, leche o miel. Preguntas que no están hechas para el responder lógico, sino para atrapar como el paño de la hierba el rocío celeste” (Lezama *Recopilación de Textos*, 109). Las metamorfosis para Lezama, se hunden en los rápidos de las aguas somníferas, y es allí que tiene lugar una lucha entre el fuego y el sueño, en tanto que el fuego apaciguaría lo que el sueño en su ringlera extiende sobre los torreones de una causalidad demasiado consentida. Es como si Lezama exigiera para la revolución un desprendimiento de las certezas, del continente, y al mismo tiempo, demandara una imagen como una onda en el gran océano que socava el oído con las preguntas que el sueño sólo prefigura por estar hundido en la identidad gobernada por la extensión saturniana. El incondicionado lezamiano sería entonces la lucha sin esperanza, el esfuerzo sin alcance, pues “sólo hay una victoria, y es eterna. Es la que no conseguiré nunca” (Camus 97). Decimos isla, entonces cuando hablamos de un incondicionado como condición de la lucha, condicionado que rompe con la causalidad del acto humano en tanto que ésta impone fines fijos o previstos en programas que se tienen que cumplir sin cambio alguno. La isla en tanto que sueña su origen revela el incondicionado en el que la imposibilidad es el origen de la posibilidad.

Esta lucha en que se revela el incondicionado como irrupción de la isla en medio del océano, tiene su raíz más trágica, según Lezama, en la lucha de la causalidad y su incondicionado, en la que la *poiesis* hace aparecer la causalidad convertida en sustitución y la metamorfosis en imagen. Como dirá Lezama en *La Expresión Americana* a propósito de lo difícil en que el surgimiento de la imagen está contenido en las maternas aguas de lo oscuro: “Sólo lo difícil es estimulante; sólo la resistencia es capaz de enarcar, suscitar y mantener nuestra potencia de conocimiento, pero, en realidad...”, lo difícil es: “La forma en devenir en que un paisaje va hacia un sentido, una interpretación o una sencilla hermenéutica, para ir después hacia una reconstrucción, que es en definitiva lo que marca su eficacia o su desuso, su fuerza ordenancista o su apagado eco, que es su visión histórica” (5).

Hay una ruptura de la noche que el hombre se forja voluntariamente, de la noche que es como ese hilo de laberinto del que no vemos utilidad en la oscuridad del laberinto, de ese hilo que es como el hilo con el que se cosen los ojos de la acción; es la ruptura de la barrera entre el mundo y sus devenires revolucionarios; de la escama del pez y del rayo del hombre: es la lucha contra aquello que encasilla, que impone falsos patrones, que siembra el letargo y la ceguera cerebral; esta ruptura es la provocada por el poema y la música, el teatro y la estética, devolviendo el asombro, la sencillez y lo esencial de la lucha y de la vida, de las erupciones del deseo y de la deriva oceánica que resiste con la sola mirada colectiva que calienta el corazón. Ella ha descifrado lo humano que habita en los sentidos, las pasiones. Ha descubierto lo sublime como aquello que sobrepasa las fuerzas humanas, pero también como aquello que permite que éstas lleguen hasta límites inconcebibles para las visiones hasta ahora barruntadas. Ha descubierto que lo sublime es la conjugación en el futuro del verbo sacrificar. Pues si lo sublime es lo que sobrepasa las capacidades de percepción del ser humano, le hace avizorar en ese imposible, una infinitud en la posibilidad del intento, y esto es lo que constituye la pasión. Pues no siempre la pasión es inútil. La pasión sí es útil cuando se ha roto el hilo del laberinto y se ha

revelado todo el fosfeno, no como escama, sino como visiones de la cantidad de rostros posibles del mundo, pero que pueden tener lugar con el concurso de todos los hombres, en el colectivo invocado por el poder del amor como visión colectiva. La pasión cose versos en la tejedora de lo posible como visión colectiva. Versos que recuerdan a la humanidad lo hermosa que puede ser *la primavera que volverá con la palabra libertad*, y cuán grato puede ser el sacrificio por la libertad al empuñar las armas para entrar en la única legítima guerra, cuyo resultado será la paz sin condiciones para que la potencialidad de creación desgrane en las acciones los emprendimientos de un esfuerzo sin espera de paga en la infinitud multiforme del mundo.

Aferrarse a lo sublime que se ha de obtener cuando se da rienda suelta a la pasión, es el resultado del combate en contra de las cosas preconcebidas; es una revolución del pensamiento y de la acción, la verdadera revolución. Cada uno de los versos de una canción o de un poema se convierte en alas invisibles que nos mecen por los vientos de los sueños investidos como piel de imagen por alcanzar siempre más allá, en el eros de la lejanía. (“Ah, que tú escapes en el preciso instante en que habías alcanzado tu definición mejor...”, canta Lezama, haciendo eco a aquel pensamiento de que la madurez, de la revolución o de cualquier otra cosa, es una posibilidad, no una realización). Imagen que le inserta a los inservibles y desahuciados sistemas sociales el *potens* creador de nuestros más profundos deseos e ideas.

El pensamiento revolucionario de esencia se da cuando se puede calar hondo en el inconformismo como nube no histórica (contra el *nomos*, contra la apropiación de la tierra firme o continental, o como la llama Lezama: litoral). Y este pensamiento está adosado directamente en la experiencia de revolución como las dos caras de una misma moneda, como las dos caras del sueño del nacimiento de la isla, el del desprendimiento continental, en el que las rocas tienen una respiración de infinito relacionable y el ojo solfea el reflejo del mar en su instantaneidad en la que la forma tiende a destruirse por un contenido sucesivo, y el de erupción volcánica en medio del océano, gran recipiendario del que emergen el espíritu maternal con sus comienzos indistintos y

su totalidad germinativa como poder de la isla de constituir desde el incesante movimiento al receptáculo del germen, de la gota al corpúsculo, un cuerpo que viene de las profundidades y que aún está recorrido y acariciado por esos desprendimientos germinativos (Lezama *Imagen* 85-91). No existe cosa más efectiva para avivar la pasión que la experiencia y es así que la pasión se vuelve lucha. La experiencia, con su carga de cosa imprevista, como nube no histórica envuelta en la suma de los inconformismos no resueltos nunca, es capaz de hacer humilde a un aristócrata, e insular a un continental, esto es: aventurero a un sedentario. Es más, la experiencia de la revolución empuja a cambiar los modos de experimentar las acciones en la medida en que empuja a pensar de otro modo para poder pensar de nuevo. A título de chiste lo dice Freud: “La experiencia consiste en tener experiencia de aquello de lo cual no se querría tener jamás experiencia” (90). Sea como se aborde en la experiencia hay una integración de las diferencias comportadas en cada circunstancia como ideas composibles, muy al estilo del empirismo: “Así, la experiencia es la sucesión, el movimiento de ideas separables en tanto son diferentes, y diferentes en tanto son separables. De esta experiencia hay que partir, porque ella es la experiencia. No supone otra cosa, nada la precede” (Dosse 151). Nada por delante ni por detrás, nada en las profundidades a las que desciende el hermenauta, ni en las alturas en las que place el gobernante.

El triunfo de la revolución no está en la corta visión de congelar el pensamiento en el tiempo. No es triunfo sólo tomar el poder sin oposición heteróclita, es sembrar las pasiones, es introducir a sus aliados y enemigos, y con toda esta amalgama de seres hacer visiones que conviertan en ramificaciones esas fibras de las que está hecho el corazón social e individual y extenderlas hasta el cerebro colectivo o *general intellect* en aras de los actos renovados de transmutación del mundo. Lo plural, lo diverso no se opone a la semejanza. Lo semejante, por el contrario, supone la diferencia, el coro de las criaturas. Es la pluralidad ante la clausura mental de aquel enemigo, y del enemigo potencial, por la que la revolución puede llegar a ser tan inestable como inestable es el concepto y de práctica de revolución que tienen sus seguidores. El suicidio

de la revolución se da cuando, anticipándose el devenir, se instruye a sus herederos sobre el sabor de los dulces sin permitirles producir el azúcar con la cual hacerlos. El fracaso está en el concepto que siempre se ha tenido de triunfo: en eliminar lo opuesto. La inconformidad es la madre de la revolución, y en ella se cifra toda la vocación libertaria del hombre como ser natural, nacido indefenso pero con un porvenir lleno de vida transida de silencioso desgarramiento; la revolución es un bebé que al nacer puede estar desamparado, pero que durante todo su decurso está acompañado siempre de un *memento vivere* antes que de un *memento morire*, pero que con su solo nacimiento ha roto la causalidad irrumpiendo desde un fondo arbitrario que no lo suponía en su pura gratuidad. Es un “pensamiento de natalidad”, al estilo de Hannah Arendt, el que sirve de mayéutica a la revolución, pues supone un error no considerar la inconformidad en tanto que afirmación de la vida, de las fuerzas de la vida, con todo lo precarias que puedan llegar a ser pues están entreveradas con la historia, pero en medio de una nube no histórica, o sistema poético (o estético) del mundo, que es como su madre plena de nuevos resurgimientos. ¡Debe seguir existiendo la inconformidad para que la revolución subsista, de lo contrario, nunca habría revolución! Lezama podría llamar a este sentimiento intento Icárico con todo y el riesgo de que a Ícaro se le quemen las alas a pesar de los consejos paternos. Sin riesgo, sin pasión, no hay revolución; el exterminio del riesgo condena a todo pensamiento a hundirse. Es por el peligro, esa llama, que pesa a ella, nos cuidamos con lo difícil intentado una y otra vez como chispa iluminadora del acto no presupuesto por ninguna causalidad. No es fortuito mencionar aquí la madre en su relación con aquello que está bajo su cuidado y no obstante no puede evitar que se enfrente al peligro. Es este sentido, las palabras admonitorias de la madre de José Cemí en *Paradiso* son superiores e iluminadoras:

Óyeme lo que te voy a decir. No rehúses el peligro, pero intenta siempre lo más difícil. Hay el peligro que enfrentamos como una sustitución, hay también el peligro que intentan los enfermos, ése es el peligro que no engendra ningún nacimiento en nosotros, el peligro sin epifanía. Pero cuando el hombre, a través de sus días, ha intentado lo más difícil, sabe que ha vivido en peligro, aunque su existencia haya sido silenciosa, aunque la sucesión de su oleaje haya sido manso, sabe que ese día que le ha sido asignado para su

transfigurarse, verás, no los peces dentro del fluir, lunarejos en la movilidad, sino los peces en la canasta estelar de la eternidad. (380)

Pues ninguna madre, cuando su hijo regresa del peligro debe decirle una palabra inferior, sino la palabra libertad cifrada en la transfiguración que exhala la costumbre de intentar siempre lo más difícil y que ilumina con su catarsis el camino hacia lo eterno con sus ojos veladores de madre, que tienen esa cualidad sorprendente y única: de acercarle lo lejano, de alejarle lo cercano, porque sólo las madres saben mirar, sólo ellas miran para ver el nacimiento y la muerte, algo que es la unidad de un gran sufrimiento con la epifanía de la criatura (ver *Paradiso* 380). Para Lezama, el intento de Ícaro, el incendio que lo lleva de la patria a la patria, al que él denomina “intentador de lo imposible”, es el reverso del sugerido por Píndaro, y Lezama pone el anhelo en términos que relacionan el alma con el intento en tanto que en éste hay un rebasar el campo de lo posible, cuando en éste la fuerza sólo genera un extinguirse destruyendo las otras fuerzas y agotando lo libre en el derrotero final de la libertad destrozada en un invierno perpetuo, sin primavera o nuevo día alguna que salga de su *plectro* o *numen*, sólo plastificada en su *nomos* que la condena a las frías aguas de la estigia.

Placer y tiempo

La forma en que Lezama toca las fibras entrelazadas en la profundidad de la mente y la sensibilidad, van más allá del mismo entendimiento. La mente y la sensibilidad para Lezama son, como dice Martí, “La caja de las maravillas” (75). Con los poemas de Lezama aquellos interesados por oportunidad, puedan pensar como los de esencia; más que pensar, es llegar a sentir cómo la esencia fluye y ellos se puedan contemplar en las aguas del fluir como la Dánae de Lezama se contempla en el espejo de las aguas que corren “envolviendo los labios que pasaban entre vuelos y labios desligados” (“Muerte” 9). El enemigo potencial es aquel al cual la revolución no alcanzó a tocar sus fibras ni a su experiencia, aunque a su vez, es el motor de

cambio, de evolución, de transformación, al poner en acción todo el mecanismo de la recordación con su poder creativo de poema emergiendo imprevisto del numen lezamiano.

Los placeres inmediatos cubren por completo la satisfacción en la tontería de la idea de que ya bastó para ellos todo lo que hubiese de bastar por el momento. El modelo de las necesidades se toma del deseo en tanto que placer que se aniquila al satisfacerse. El deseo como satisfacción de placeres, en ocasiones, es todo un monstruo indeterminado que pronto vendrá a reclamar lo que cree que le pertenece, el placer ya exánime al final de su recorrido. Cada palabra de los poemas lezamianos debe recordar que no se necesita nada, que nada se necesita, porque todo lo nuevo se fragua en la escasez. En este sentido, Lezama habla de un hastío de la riqueza artificial, quizá fundado en la necesidad como fin final del deseo que agota y aniquila el deseo en la satisfacción. Generalmente las personas poseen la manía de necesitar. Necesitamos líderes, necesitamos dinero, necesitamos comunicarnos. Pero, así mismo, aprendemos a esperar. Es lo propio del deseo finalizado tender hacia el futuro como poseedor de su esencia. Pero alcanzado ese futuro se abole. Es una concepción del deseo por la muerte del deseo. El deseo existiría porque todo deseo desea su propia abolición. Esta figuración del deseo es comparable al laberinto lezamiano de la esperanza en tanto que fracaso, del deseo en salmuera o a la espera, como si en el futuro estuviese la realización de su ser, de su esencia.

Se espera que el político cumpla, se espera que el dinero alcance, se espera que las personas comprendan. Se pierde la conexión, se invoca la extensión saturniana en la misma proporción que se anhela la aparición de aquellas cosas que se esperan y cuya espera les pareciera dar todo su ser sin perjuicio de que cuando se obtienen, la espera al extinguirse hace que el deseo por ellas y la esencia misma de ellas se desvanezcan. La espera es la fuente directa de las decepciones, es el harapo que viste al mundo para ocultarle las cosas bellas y simples, directas y humildes. De las revoluciones, a menudo, se aprenden a esperar muchas cosas y una muy frecuente: un Mesías.

No se puede ser ajeno al todo. Así, el universo no difiere de la cosa en que se expresa: el pez son las líneas del mar que son él, la gota es la lluvia; la gota es el mar y toda el agua. Al esperar que las revoluciones cambien el todo, doy por sentada mi propia transformación, pues ese todo también soy yo mismo. Más al olvidar el absurdo y la aceptación del hombre como parte del mundo, se vive hundido en las decepciones e infelicidades que causa la espera de un mesías. Lezama llega a cumplimentar aquello de que “la piedra que está en el río también está en tu alma” (“Las imágenes” 232) con aquello de que “Las atracciones entre los seres y las cosas jamás se producen entre un poro y otro poro, sino entre los poros y las estrellas”, en cuanto que no se necesita nada, puesto que hay una conexión inmediata con el todo del universo por medio de un ritmo formado por el entrecruzamiento de dos ondas, incluso a riesgo de perder el rostro o la identidad personal, como en su poema sobre Narciso. Y el Narciso de Lezama muere pero como apoteosis de la expansión de la conciencia individual, identificándose con el universo a expensas de la integridad de su propia imagen, de su propio yo, en una danza de la salida del laberinto que lo conduce en el procesional del uno individual a la unidad en la diversidad:

La metamorfosis como disolución necesaria del yo: esto es lo que predomina en el poema de Lezama. Esta disolución empieza por la del significado mismo, que, a su vez acarrea la de la conciencia...Narciso nunca logra ver su rostro... (...) El poema, entonces, parece la confrontación entre una ausencia o una sobreausencia, la de Narciso, y una presencia o una sobrepresencia, la absorbente e imperiosa del universo (“Una flecha destaca, una espada se ausenta”, “Tierra húmeda ascendiendo hasta el rostro, flecha cerrada”). Y por ello mismo, se ve regido por dos ondas rítmicas: la verticalidad de Narciso, que muere siempre ascendiendo (“estirado mármol”, “Recto sin fin en llamas seco”) y la horizontalidad de un espacio, que, por su parte, se ensancha cada vez más y se vuelve más abigarrado en sus relaciones (Sucre 174).

La sobreabundancia, de todos modos, acaba con la extensión saturniana. Entonces para mantener la conexión con la muerte creadora hay que acoger el mensaje del enaltecimiento de la

pobreza que nos envía la música y la poesía. Para Lezama la imagen es la misma creación: la imagen no puede desligarse de la búsqueda de lo sublime, del nacimiento más apasionado de la palabra y de la actuación. Si la creación es imagen, si la imagen puede ser el reflejo de aquel incondicionado (de lo sublime), la pobreza es el medio por el que podemos acercarnos a la creación, a la imagen a través de una espera, pero esta vez cargada de realidad creadora: “Ser más pobre es estar más rodeado por el milagro, es precisar el animismo de cada forma; es la espera, hasta que se hace creadora, de la distancia entre las cosas” (Lezama *Antología*, 440). Debemos pensar en la pobreza y eliminar la sobreabundancia, ese es el dictamen de la revolución. ¿La extensión saturniana es entonces la muerte, de la cual parte la creación? Es la necesidad la que engendra el espejismo de querer tener más, en la extensión, a través de ella, con un ansia de devorar, de tragar, que es propia de todo imperialismo anexionista.

La última era imaginaria, a la cual voy a aludir en esta ocasión, es la posibilidad infinita, que entre nosotros la acompaña José Martí. Entre las mejores cosas de la Revolución Cubana, reaccionando contra la era de la locura que fue la etapa de la disipación, de la falsa riqueza, está el haber traído de nuevo el espíritu de la pobreza irradiante, del pobre sobreabundante por los dones del espíritu. El siglo XIX, el nuestro, fue creador desde su pobreza (440).

Cuba es un islote, un espacio aislado: una isla. “Interminable juego de curvas” cuya *physis* “es el agua y el fuego la forma”, como canta Lezama (*Analecta* 64). Una isla que sin embargo embarcó, y puso a derivar a América Latina en el extravío revolucionario como una bestia hermosa que recorre la extensión del pensamiento en la que todos los caminos confluyen. Un recorrido que abrió a América Latina transformándola en un continente con respiración de archipiélago, en un receptáculo de todo aquello que viene a conjurar la soberanía: afectos, errancias, efectos. Archipiélagos ceñidos por rizadas, valonas de espuma, en las que se ductiliza todo estrato y se lo ablanda en la pasión múltiple de aceptar la alteridad como ejercicio y robustecimiento. Pasiones que con su inutilidad aterran y anonadan al que manda, y alteran el

rostro de ese gran individuo que es el sueño de muchos. Lo indiviso como rostro, o semblante unificado de lo que tiene un anhelo como materia gris del pensamiento revolucionario fluente, magmático no obstante ser una fortaleza empedrada en la cima del cielo y en medio del mar.

¿Cómo comprender a Cuba? A la pesadilla anexionista de las potencias opone su resuelta terquedad por separarse, su insistencia en reiniciar siempre un viaje que la escinde del continente. Se convierte así en blanco móvil, sobre el que se extendieron las más diversas cacerías. Separada por lo que la une, es siempre tierra por conquistar, tierra en la cual todos son extranjeros, conquistadores o refugiados, pero que pasan, que van de paso, que sólo se establecen provisionalmente; es siempre lugar por excelencia para el encuentro fortuito del poeta: el perpetuo viajero oceánico, con la emergida o la separada, la refractaria, la isla: gruta para el que está fatigado, para el fatigante, que inaugura el nuevo canto de horror ante el océano, de amor hacia la tierra, estableciendo una nueva narratividad que funda de nuevo el mundo recreándolo: ojalá todos pudieran ser extranjeros, refugiados y conquistadores en estas tierras de Latinoamérica, en una *poiesis* que sea verdadera *praxis* de todas las *praxis*, conexión impar con la madre de las madres, la materia matricial de la que está hecho todo renacer primaveral, todo nuevo amanecer y el sueño del origen insular.

La figura del ángel de la pobreza material como requisito de la riqueza espiritual, ángel de la jiribilla a quién se pregona oraciones temerarias y excesivamente adornadas, inaugura una renovación completa de percepciones, una renovación de las formas, una renovación de los medios, de las maneras, de los pensares. El ángel que se convierte en camino, en el pan y en la vida. Ángel del sabor; polea y gancho: resistencia como piel de la imagen. Las oraciones –cita Camus– se convierten en cantos de guerra, que recogen trozos de corazones para convertirlos en un solo armazón coral que es el de la rebelión hecho cuando la noche desciende sobre el pensamiento. Y ante estas oraciones el mundo se devuelve con una mirada amenazante. No tiene

importancia, cuando han sonado ya las cuerdas del alma. El ángel nos convierte en un laúd. Jiribilla que asusta a la misma muerte, que cabalga, que canta. Jiribilla velozmente paciente y pacientemente veloz: es una invitación a la acción, opuesta a la espera encallada por el deseo finalizado y a la vez, una invitación a la espera resistente y creadora, a la espera como encarnación de la imagen. La espera se hace creadora sólo si se acompaña de la acción y la acción engendrada en la espera nos hace comprender la espera como posible y la creación como un posible engendrado por lo imposible. “Lo imposible al actuar sobre lo posible crea un posible en la infinitud” (Lezama *Antología*, 424). Se adquiere la posibilidad de hacer lo posible en la infinitud: el triunfo no se da en un momento determinado y es, a la vez, la decapitación de los conjuros negativos para la revolución. Y qué cosa más bella para combatir negativismos que aquel ángel convertido en las manifestaciones del alma: la música, la pintura, el poema... Orar al ángel; se ora con fervor para que la noche no cubra del todo la tierra ni amenace con reclamar las almas de los pobres condenados, con corazones alejados de la revolución de esencia. Se ora al ángel en busca del despertar de una pesadilla embrutecedora, la del mundo lineal y cúbico: seis lados, cada arista, cada espacio, cada línea que atrapan y encarcelan con su aparente perfección. Es el sistema lineal de sustentabilidad imposible y cerrada por fines inmutables: láser de la geometría que corta con la razón todo pico o exaltación del espacio. Ojalá todos pudieran ser extranjeros, refugiados y conquistadores en estas tierras de muchas coordenadas de Latinoamérica, en una *poiesis* que sea verdadera *praxis* de todas las *praxis*, conexión con la madre de las madres, materia matricial de la que está hecho todo renacer primaveral y todo sueño del origen insular. Los ecos del ángel son los ecos de la madre que nos da su respuesta incondicionada a nuestro anhelo; que pide y reclama la transformación o transfiguración en la canasta estelar de la eternidad.

Si de alguna manera las guerras imperiales, que azotaron a Cuba también, habían predispuerto un modo de ser anti-colonial, la Revolución Cubana es quizás la forma afirmativa en que ese latido anti-colonial adquirió otro rostro, otros tantos rostros en el prisma de la

posibilidad. Una isla que en su deriva, quizás no quedó suprimida a pesar del embargo -el embargo era síntoma de algo movedido y transfigurante que sitiaba, aislándolo-: guarnecida isla y aislada paloma muda entre dos hojas enterrada, dice Lezama. Más bien logró convertir a América Latina (enfrentada al horror del imperialismo), en un archipiélago de encuentros lanzados como otras tantas piezas de una máquina cósmica combinable en su cauce irreductible a sus aguas en una mutua conformación de cauce a aguas, impensable el cauce sin ellas y ellas sin él. “Si bien hago una distinción entre el movimiento del agua en el cauce del río y el desplazamiento de éste último, sin embargo, entre las dos cosas no hay distinción neta” (Wittgenstein 97), para que se pudiera pensar que “el cauce del río de los pensamientos puede desplazarse”. Quizás se trataba de desprenderse de la dureza del continente, de la certeza del ser contenido allí, para desatarlo, para que ese ser anti-imperialista, negativo, deviniera al ritmo de las olas presentado las aguas en su indistinción, en su indiferenciación como para ser el mundo propicio al devorador poder hipostático de la imagen en la que cada gota de su respiración supera la estela espumosa para diluirse en una vastedad donde opera el mágico aglutinante del *sympathos* en el que aparece otra cosa, otros tantos rostros del mundo. Lo que ha querido la continentalidad imperialista es contener a la isla (anexándola, usurpándola, invadiéndola con su fuerza saturniana); a su vez, lo que ha operado infructuosamente es la contención, el repliegue de América Latina, su enclaustramiento en su presunto ser, solo, soberano ilimitado, sin su cauce magmático o deseante. A ese individuo majestuoso, al Uno, Lezama opone otra cosa: “Prefiero al sueño individual, aventura que no podemos provocar, el sueño de muchos, las cosmologías” (*El reino* 209).

La revolución provocó una cierta suspensión del tiempo: suspensión del tiempo del progreso; suspensión del tiempo como regreso a lo perdido (América como origen o paraíso), o como anticipación del futuro (América como porvenir, pueblo del futuro signado por el pasado que lo unce a la yunta de lo trillado o lo tradicional). Una suspensión de lo que creíamos que

era el tiempo. Por eso tampoco es posible pensar que la revolución logró poner al día a América Latina, actualizarla, sacarla del anacronismo y el marasmo. Fue un anhelo de muchos ¡que América Latina pusiera al día sus relojes! De ahí que lo vivido en Cuba sea irreductible a la victoria: ése sería el sueño económico, el ansia del gestor o del *management*: medirlo todo por un sí o un no (como dice Nietzsche acerca del mercado en el Zarathustra: te detienen con un “sí o no”), sopesarlo todo en términos materiales. Es lo que Lezama ponderaba como *doxa* en tanto peso vertical de los cuerpos a lo que habría que oponer la relación de un cuerpo con otros, es decir el desvío. Pero el desvío está inmerso o incorporado en la vida como piel de la imagen. Y es esa vida la que habría que evaluar; es siempre el desvío lo que nos hace estimar y hallar el valor de toda estimación, la estimación de toda estimación, el estimar mismo. La revolución en tanto resistencia es una transvaloración de todos los valores.

El sentido del tiempo, entonces, cambia. El tiempo se convierte en resistencia: el soberano quiere controlar lo inesperado, por eso le fascina la excepción: ¿Quién detenta el poder de iniciar la rueda de la ley? ¿Cuándo empieza todo? ¿Cuándo termina todo? ¿Cuándo iniciará el desorden y cómo evitarlo? Es así que la medida detiene todo el *aión* en que se inscribe la acción de la praxis como innovación, como acto hipertélico resistente, como velar materno en tanto que consejo de lo difícil y ante el peligro inevitable, como desvío, como anhelo, como ángel incitador de la pobreza, y de la Jiribilla iniciador de la espera creadora. “Nos interesa el tiempo en tanto está respaldado por la *poiesis*, como decían los griegos, por la creación. Todo tiempo viviente está respaldado por la creación. El tiempo es una resistencia de la *poiesis*, de la creación” (Lezama *Recopilación* 31).

El soberano quiere pues gobernar lo ingobernable, a través del recurso a la política con que sujeta el pensamiento haciendo depender la relación humana de un trascendente que instauró la ley en un estado de excepción inalcanzable para la relación social, y con ello atenúa la

fuerza de las pasiones, imantándolas en su altar, en su báculo con una sola dirección del pensamiento, con la sola flecha del tiempo direccionada a una meta precisada a priori y que se puede medir por el *basileus nomos* de la finalidad envuelta en estado de excepción. La revolución, por el contrario, abre el tiempo en múltiples direcciones, lo hace aflorar en vertientes que rompen con el peso de los cuerpos imponiendo en ellos la divergencia, el desvío como única ley de atracción mediante la cual se configura la *praxis o poiesis*. Por eso el gobernante quiere contener el tiempo en un emblema, congelar el pensamiento en el tiempo, recluir los sucesos en el pasado: la revolución es algo que ya pasó. Gobernante, claro, lo podemos llegar a ser todos. Pero la intempestividad del desvío, propio de las corrientes marítimas, nos lanza a todos a otros derroteros, nos impone otros itinerarios. “El viaje es apenas un movimiento de la imaginación. El viaje es reconocer, reconocerse, es la pérdida de la niñez y la admisión de la madurez” (30).

Al viajar con la revolución ya no se trata, a través del cálculo y la astucia del soberano, de diferir la llegada del mesías o del anticristo. Ya no se trata de un tiempo como “retraso”: aplazar el tiempo para que no llegue el mal, o para que por fin llegue el redentor (hay que obedecer hasta que por fin llegue el jefe; ya vendrá el futuro, línea recta de la meta prefijada que debe seguir la flecha). Ya no se trata, en la revolución, de un tiempo único para esperar el fin del mundo, o el nuevo reino. O de retrasar el tiempo para que no vuelva lo que ya sucedió (ciclo de la repetición vacía).

No es un tiempo mejor, un tiempo “bueno”, un tiempo ya establecido y que mediría el movimiento, que mediría con una medida fija todo viaje. Al contrario, la revolución viaja en nosotros, es “algo que nos pasa”, es “reconocer” los rostros del mundo sin medida alguna, en su infinitud, pero reconocerlos en nuestra finitud de carne enfrentada al tiempo y a la muerte. Pero sí se trata de un tiempo que evita la casilla de las fechas no obstante estar fechadas: la revolución cubana aún no ha terminado, incluso podríamos decir que la rusa o la china no han terminado. Es la madurez en tanto posibilidad, y ya no realizada. Es intempestiva, y por lo tanto capaz de

interrumpir todo cálculo. Es otra causalidad no reglada y ajustada en un reloj que marcha con los acontecimientos domesticados, haciendo pasar el mundo según otras versiones no contempladas nunca por una trascendencia o estado de excepción.

Lo que quiere el gobernante es localizar la posibilidad en la probabilidad para sojuzgarla, incluso si habla desde la excepción para así legislar. Lo que quiere la revolución es abrirse al infinito juego de posibles. “Todos los posibles atraviesan la puerta de los hechizos. Todos los hechizos ovillan esa posibilidad, como una energía que en un instante es un germen” (Lezama *Antología*, 440). El arquero no dispara la flecha aún. La espera creadora tensa y tensa el arco enriqueciendo el número de blancos posibles. La espera creadora permite tensar y tensar sin ofrecer resolución ni acierto: no sabemos siquiera qué puede llegar a ser posible (no hay aún blanco determinado). Es una flecha que sin partir, es apuntada desde todos los puntos hacia todos los puntos. La decisión soberana congela los posibles: dispara con metas prefijadas o permite el lanzar si hay meta previamente establecida. En cambio, la espera del arquero posibilita la posibilidad: tensa. Es el juego de posibilidades lo que, en ciertos momentos, asedia a quien quiere un blanco inmóvil: quien quería disparar a un punto certero, se halla en algún momento apuntando hacia todos lados. Alocado, tensa la flecha hacia todas partes, apuntando así “sin límites, en todas direcciones”. Ese es el momento de la revolución. De una revolución posible en la imagen abierta por el apuntamiento que tensa la fuerza con la fuerza.

La bestia insular

La metáfora del arquero que es al mismo tiempo la meta, la flecha, el arco y el recorrido deja de ser metáfora para convertirse en la posibilidad misma del arma que no necesita soporte ni pericia técnica alguna acumulada y juzgada por una regla ajena al mismo tensar, como anhelo o deseo que no busca su satisfacción fuera de sí mismo, puesto que es la naturaleza salvaje o no incluida en ningún estado de excepción: “Lo que me ha faltado es la bestia, que también forma parte del

destino humano... Pero, dadme un cuerpo” (Camus 49). De esta naturaleza dirá Lezama citando el aserto pascaliano de que “como la naturaleza se ha perdido, todo puede ser naturaleza” que funda la imagen como correlato de toda afirmación sobre lo posible fundado en lo imposible.

Dejar entonces que la bestia haga todo lo que sea capaz de hacer es el resultado de la posibilidad tocada por la espera creadora. Pero no para devorar al débil o adueñarse de su tierra. La bestia sería aquí el grado de tensión mayor, hasta el infinito, al que puede llegar un cuerpo. No algo a domar, simular o enmascarar (como hace el soberano en su prédica: “yo no soy la bestia, la bestia eres tú”). Más bien algo a lo que dejar en libertad para hacerse así parte del enriquecimiento de la vida. La bestia sería un arlequín, “su pasión era perfecta hasta donde es posible” (Lezama *Paradiso*, 518). Lezama por eso recurre a una figuración silenciosa e invisible que esquivo el semblante del soberano, que burla con su plasticidad la fascinación que deslumbra al propietario, sólo para hacer vislumbrar los tantos rostros del mundo. Ya desde *La Expresión Americana* se trata de hacer una tipología del señor barroco, gnóstico, que trata de habitar América, pues ya no hay el afán saturniano de su posesión: “Ese americano señor barroco, auténtico primer instalado en lo nuestro, en su granja, canonjía o casa de buen regalo, pobreza que dilata los placeres de la inteligencia, aparece cuando ya se han alejado del tumulto de la Conquista y la parcelación del paisaje colonizador” (216).

Un señor sin parcela, sin conquista, sin colonia. ¿Señor, entonces, de qué? ¿De qué objetos (o cosas) se hace señor ese americano? ¿O será más bien que se enseñorea de las fuerzas mismas? Ha cesado la obsesión por el ser, ha desaparecido el hábito más fuerte de todos: el hábito de decir yo. Un señor que es bestia y ángel al mismo tiempo en un movimiento pendular en que el yo, en cuanto bestia, no logra ser ángel:

estamos en la misma cuerda floja pascaliana, él cuanto más ángel no logra ser bestia, y yo, cuanto más bestia soy, no logro ser ángel. Nos unimos por nuestros complementarios en el sentido de

unirnos por lo que no logramos ninguno de los dos. Su no bestia y mi no ángel cambian de sitio en los extremos de la cuerda floja. (Lezama *Paradiso*, 519-520)

El ángel de la jiribilla y la bestia serían los dos contendores en la cuerda floja pascaliana, formando un solo estado anómalo, salvaje, inclasificable. No logra ser ángel ni bestia, pero intenta ser las dos cosas a la vez, todo al mismo tiempo, pues es la conjunción de ambos lo que le da su fuerza de existir. Toma “lo mejor de todos lados” como dice Deleuze, para “hacerse más profundo o hacer un pliegue más” (48): “Con su gran lepra, que está también en la raíz proliferante de su arte, riza y multiplica, bate y acrece lo hispánico con lo negro” (Lezama *La expresión*, 241). Este señor, “aviva con nuevas chispas la piedra hispánica con la plata americana”. Esas son, dice Lezama, “las chispas de la rebelión” (241).

La bestia, indiscernible del ángel, es el rebelde, sin tierra; entonces, salvaje; y habitando un territorio salvaje y teniendo un punto de vista salvaje: “todo es isla, decía, la tierra, la luna, los planetas”. Lezama nos abre a una nueva forma de habitar: “Es decir lo que en la esfera de pensamiento se llama paradoja; lo que en lo moral es una aventurera desviación, en lo terrestre se llama isla” (*El reino* 212-213). La bestia es el rebelde en sus metamorfosis: Don Juan que vive el amor con plena insatisfacción y con la conciencia de que nunca llegará a saciarse en el juego pero que no tiene otra alternativa que jugar, tal como el revolucionario. Es también el actor que representa personajes que no son él, pero que no tiene otro remedio que hacerlo pues él también es un personaje que tiene el papel de representar otros personajes. Es el conquistador que, a la manera del señor barroco lezamiano, no le queda otra que saciarse con la tierra a la que no puede poseer, pues el tiempo de conquista ya pasó. Es por último, el esteta y Kirilov, que para nosotros es el mismo, puesto que se trata de aquel que ha liquidado todo dios para atenerse sólo a la existencia mera y descarnada, sin apoyatura alguna, sin apelación.

Bestia e isla, sensibilidad insular, experiencia en resaca: “la resaca, y desvinculándola ahora de su más estricta alusión, es quizás el primer elemento de sensibilidad insular que ofrecemos los cubanos dentro del símbolo de nuestro sentimiento de lontananza. La resaca no es otra cosa que el aporte que las islas pueden dar a las corrientes marinas” (Lezama *Antología*, 261-262). Resaca, un volver a sacar, “poner algo fuera del lugar donde estaba encerrado o contenido”: isla a la deriva frente al continente. La resaca como movimiento en retroceso de la ola, como el que da pero a la vez retrocede: como el que da desde la espera. Resaca en la acepción del agua que en su reflujo acorta su caudal y su lanzazo para dejar sobre lo húmedo de su huella como una pausa en el oleaje que la impulsa o en la marejada que amenaza temporal. Arquea su ser, lo flexiona y lo pliega, en un ir y volver que en su trayecto deja y recoge al mismo tiempo. La resaca es el limo o los residuos que el mar o los ríos dejan en la orilla después de la crecida. Resaca es también la deshidratación que aqueja a aquel que ha ingerido mucho licor y que le obliga a reequilibrarse bebiendo alguna sustancia que elimine su limo. Que la isla no la definamos sino como una serie de efectos y de afectos en la sensibilidad del que la habita es para nosotros el signo de que la isla es una experiencia en la que lo que menos se relleva es el final o el principio y en la que el medio la determina como la respiración de la ola, la palma y el paso del ave que se aleja contrapunteando para insuflar el hálito humano. Es como en el final del *Canto de la Tierra* de Mahler en el que coexisten dos motivos, uno melódico, el vuelo del ave, otro rítmico, la respiración de la tierra en consonancia con el ruido puntiforme y percutiente de las gotas en su sùmula nunca infusa de excepciones morfológicas dibujada en el oleaje persistente. La bestia sería todas y cada una de las gotas cuyo ruido forma la ola que escuchó Leibniz. Por eso la bestia merodea, se camufla con su medio, es su medio, y dice: entre *tú* y *yo*, no escojo nada. Escojo el mundo; el murmullo infinito de la ola. La bestia es la ola que curva la conciencia. Y lanza al ser al abismo que rodea a la isla conjurando el caos con un ritmo que es su tiempo implicado. A su vez, la isla es una bestia que se niega a la sumatoria litoral por lo que ésta invita a reducir su diferencia de territorio en desbandada sin que en su ritmo, es decir en su conjura del caos, no integre lo que

a su paso es vuelo y retorno regular, ave y oleaje. Si es por el ritmo, es afortunado aseverar con Juan Ramón Jiménez, siguiendo el doble coletazo mahleriano, que la tierra entera es una isla. Por consiguiente, al remitirnos a un espacio más englobante, cósmico, no olvidemos tampoco que la isla no es sólo un concepto geográfico, sino antes que todo espacial y físico. En su vertiente espacial se decanta por una especie de nomadización que invita a habitar antes que ocupar. Un pensamiento espacializante está frecuentado por la idea de un espacio liso que invita a repartirse en el espacio antes que repartir el espacio conjurando la clausura del estriamiento del espacio, de su encerramiento teoremático pilotado por el Estado y su nomos implacable. El pensamiento espacializante es liso, abierto a un afuera, a una lejanía inconmensurable y en devenir, es decir en archipiélago: “La apertura de la ‘mundialidad’ sólo será posible en un mundo en archipiélago, en un mundo de múltiples interfaces, que multiplica los intercambios, los pasajes y los encuentros” (Dosse 335). En su vertiente física la espacialización insular nos remite a una hidráulica, en cercanía y en exterioridad con respecto a la física, pues ya no se trata del pensamiento dominante y nómico de ésta, es decir de la física de los sólidos, sino de un modo menor, como se dice en música, de la física, la de los fluidos, “un modelo de devenir y de heterogeneidad y no de estabilidad, un modelo de torbellino en un espacio abierto, y, por último, un modelo problemático y no teoremático” (330-331). Nada de ciencias estatales ni tristes: este modo de pensar invita a acoplar la geociencia con la geopolítica a través de la geofilosofía.

En la deriva revolucionaria, la bestia navega de ida y de vuelta los torbellinos de la acción para poder entonar el *Canto de guerra de las cosas*: ese constante y dulce huir del nombre de las mismas, reduciéndolas a una pura ecuación de color y acento, o como concha de sonido, por el frenético aliento, raudo torbellino, con que se empujan, forman y deforman las imágenes, buscando y rebuscando sus más polimórficas variaciones en una polifonía coral que es propiamente el clamor del ser. Luego del fin del individuo y la sociedad, de la agonía del soberano, de la muerte de los grandes relatos, de la disociación del sujeto, quienes declaran la

guerra, ahora, son las cosas. Las cosas esperando el empuje de una ola, y no la certera muesca que deja la hendidura de la flecha; las cosas en simbiosis con aquel que las contempla o tiene experiencia de su belicosidad y así encarna su imago. Fina García Marruz confirma este misterio de las cosas como epigrama de esfinge o posibilidad del mirar fijo del hombre a lo que nunca dejará de mirarle fijo:

Cree que el hombre puede crear la perspectiva arbórea, al reemplazar el movimiento por las divisadas potestades cernidas. (...) También cada animal, cada objeto tienen lo que pertenece al tiempo, y el lado icónico, el signo al que pueden hacerse las preguntas que no han de ser respondidas. Todas ellas son como los dibujos que rodean a una jarra, ocultando la concavidad oscura, las estancadas aguas. En la 'rueda' vemos esas figuras de hombre o de mujer tratados como signos inscritos, zodiacales. El pregunta a las formas que terminan en punta, el ánade, la cola de gato, 'reminiscencia gobernada de una desaparición'. La Casta del pelo. Las colinas que 'trabajan el manto de una epifanía'. Lo que se detiene. Las tiendas, los pesadores, los muros de la ciudad. Los mercados escultóricos y resistentes. (112)

La bestia cabalga así sobre cosas que no son objetos; son imágenes de acuerdo con Lezama: "Yo llego a mi símbolo por la imagen, no por penetración crítica de los mismos. Me gusta que el secreto de mis imágenes vaya hacia el misterio de mis símbolos. No hay que descifrar nada. Todo está en la gracia visible de la luz" (*Antología XV*). Todo está en superficie, sin que se demerite la plomada en su lanzazo bajo la corteza terrestre, deslizándose en los cuerpos que se tornan veloces por las proyecciones de la luz. La superficie es lo que explora un pensamiento espacializante y problematizante, sin códigos, *nomos* o teoremas que sean materia de propiedad u ocupación: experiencia insular de lo simple. Nietzsche lo dice con alegría, como suele hacerlo:

Todo acontece de manera sumamente involuntaria, pero como en una tempestad de sentimiento de libertad, de incondicionalidad, de poder, de divinidad... La involuntariedad de la imagen, del símbolo, es lo más digno de atención; no se tiene ya concepto alguno; lo que es imagen, lo que es símbolo, todo se ofrece con la expresión más cercana, más exacta, más sencilla. (121)

Simplicidad, siempre a la espera del sueño de muchos. Bestia insomne dejando de ser indivisa con la tierra. Lezama, como animal cósmico que era, sabía que la tierra era simplemente una isla en el infinito. Isla poblada de imágenes sin concepto, bestia forjada por ideas simples que

albergan el pensamiento todo entero. Ya no señor sino señora, nuestra señora, la bestia es la flecha nunca disparada, el arco, la flecha y la tensión. Bestia, isla y tierra se trasponen así en esta deriva cósmica, rebeldes en su persistencia. Sin fin, sin blanco, navegando sobre una trayectoria errática donde lo imposible es que no haya posibles. Sin puerto firme a la vista. Sin miedo. Abiertos a la luminosidad del mundo.

Obras citadas

- Camus, Albert. *El Mito de Sísifo*. Buenos Aires: Losada, 1996. Print.
- Deleuze, Gilles. *El pliegue. Leibniz y el barroco*. Barcelona: Paidós, 1989. Print.
- Dosse, Françoise. *Gilles Deleuze y Félix Guattari. Biografía Cruzada*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2009. Print.
- Freud, Sigmund. *El chiste y su relación con el inconsciente*. Buenos Aires: Amorrortu, 1980. Print.
- García Marruz, Fina. "Por dador de José Lezama Lima", Pedro Simón, ed. *Recopilación de Textos sobre Lezama Lima*. Madrid: Casa de las Américas, 1995. Print.
- Lezama Lima, José. *Analecta del Reloj*. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 2010. Print.
- . *Antología. Para un sistema poético del mundo de Lezama Lima*. Tomo I. Edición de Iván González Cruz. Valencia: Editorial Universidad Politécnica de Valencia, 2004. Print.
- . *Paradiso*. Madrid: Cátedra, 2006. Print.
- . *Recopilación de Textos Sobre Lezama Lima*. Madrid: Casa de las Américas, 1995. Print.
- . "Muerte de Narciso". *Poesía Completa*. La Habana: Letras Cubanas, 1994. Print.
- . "Analecta del reloj". *El reino de la Imagen*. Edición de Julio Ortega. Caracas: Fundación Ayacucho, 1981. Print.
- . "La cantidad hechizada". *El reino de la Imagen*. Edición de Julio Ortega. Caracas: Fundación Ayacucho, 1981. Print.
- . "Las imágenes posibles". *El reino de la Imagen*. Edición de Julio Ortega. Caracas: Fundación Ayacucho, 1981. Print.
- Martí, José. *La Edad de Oro*. Ciudad de la Habana: Gente Nueva, 1981. Print.
- . Discurso en la Universidad de la Habana, 1959. Print.
- . *Imagen y Posibilidad*. La Habana: Letras cubanas, 1992. Print.
- . *La Expresión Americana*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 2001. Print.
- Nietzsche, Friedrich. *Ecce Homo. Cómo se llega a ser lo que se es*. Madrid: Alianza, 2011. Print.
- Sucre, Guillermo. "Lezama Lima: El Logos de la Imaginación". *La máscara, la transparencia*.

Caracas: Monte Ávila, 1975. Print.

Vitier, Cintio. "Introducción a la Obra de Lezama Lima", *José Lezama Lima, Valoración Múltiple*.

La Habana: Casa de las Américas, 2010. Print.

Wittgenstein, Ludwig. *Sobre la certeza*. Barcelona: Gedisa, 1988. Print.